

RECUERDOS DEL PRÍNCIPE  
DE LOS MILAGROS



Lino González Rico

 Círculo Rojo  
EDITORIAL

---

Primera edición: abril 2021

Depósito legal: AL 504-2021

ISBN: 978-84-1398-229-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Lino González Rico

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de cubierta: *Bebé en la playa*, Juan Sagastizábal

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

---

*A mis padres*

---

---

---

## **recuerdo**

1. m. Memoria que se hace o aviso que se da de algo pasado o de que ya se habló.
2. m. Cosa que se regala en testimonio de buen afecto.
3. m. Objeto que se conserva para recordar a una persona, una circunstancia, un suceso, etc.

*Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española.  
VIGESIMA SEGUNDA EDICION, 2020

---

---

---

# **Prefacio**

---

---



---

Tus gritos mudos, en el océano de una pequeña pantalla, reclaman el abrazo de un millón de estrellas.

---

---

---

---

# Primera Parte

---

---

---

---

Te acuno por primera vez: un soñar despierto; este conocerte, reconocerte, en este puñado de primeros instantes de tu gloriosa vida; hacerme a tus manos, a tus pies, a tu pecho, a tu rostro.

La primera odisea de las yemas de mis dedos recorriendo tu pelo limpio.

Tus pequeños dedos dibujan estelas como si fueran alas de fuego, dilapidando anhelos en una vigilia para salvaguardar la inocencia de tus sueños. Toda la vida en tus manos, frágiles como pétalos de amapola.

Tu primer mirar es una inmensa incertidumbre con sed de futuros paisajes. Un otear sin conciencia de formas y colores, a salvo del aliento áspero de la realidad.

En este amanecer de sueños, te contemplo, vigilo, espío desde este refugio de alondras que es el cielo de tu cuna.

Tus abuelos paternos han estado esta tarde en casa. La abuela ha dejado el olor de su perfume en tus ropas. Se resiste en desaparecer, evocando en que brazos fueron acunados tus sueños.

Pataleas espantando olvidos y futuros recuerdos en un pijama demasiado grande.

Esta noche, una sonata de Johann Sebastian Bach armoniza tu sueño, tu respirar. Los silencios besan tu rostro, la invisible melodía abraza tu pecho.

---

Tus diez deditos juntos rezan, estas sí, plegarias atendidas.

El eco de uno solo de tus latidos es capaz de abrir las pesadas puertas de la casa del señor de los sueños.

Duermes refugiado en mi regazo. Eres una deidad capaz de sembrar semillas sagradas en mi corazón.

Esta mañana tus piernas se afanan en abrir grietas en muros invisibles.

Tu ofuscada obstinación en aferrarte a mi dedo delata mi esperanza de que la memoria no sea tan frágil como el espejo donde se reflejan los miedos.

Gritas a un cielo llamado futuro y tu mirada rabiosa se encara contra la nostalgia de un dios enfermo de tristeza.

Una noche más, me rindo al privilegio de compartir tus desvelos.

El señor hipopótamo —tu peluche más grande— acude rauda a nuestra llamada de socorro. Mostrando su enorme boca de dientes afilados, ahuyenta al maldito hipo, que se aleja acobardado de tu pequeño cuerpo.

Tus ojos, espejos sin pulir, deberán esperar a que se hagan realidad tus sueños más nobles.

Frenesí de piernas y brazos en un amanecer que solo se intuye. Tu coreografía boicotea lo que todavía es un lejano sueño. Se hará realidad, porque existe, hace millones de años compuesta, una partitura. La que guiará a cada célula de tu cuerpo a interpretar

---

una sinfonía de carreras, saltos, escaladas y el cuarto movimiento, por qué no, de miles de abrazos.

De pie en la cuna, agarrado a los barrotes, protestas porque tu cuerpo no se despierta con la misma rapidez que tus deseos. Exhortas a tus instintos para que te libere de tus cadenas. Hasta que llegue ese momento, serás preso de mis abrazos.

Tu ceño fruncido, pensador de murmullos, alborota el sosiego de mariposas blancas. Su vuelo las aleja hasta lo más profundo del bosque donde contarán tus secretos al jazmín y al romero. A ti no te importa porque tus celos son frágiles como los hilos de una telaraña.

Recibes y acoges a infieles en el templo. A pesar de que, noche tras noche, he ido construyendo un muro de palabras para que solo las escuchen los dioses, oraciones dictadas por la armonía. Entonar un mismo deseo que promete y cumple la nobleza de tus ojos, pero en esta ocasión fue el dolor quien entornó la gran puerta, cuando tus ojos pedían refugio al señor de los sueños.

Te despiertas con tus manos abiertas, ofreciéndome el tesoro rescatado en la isla de los sueños.

Inmenso, como el ciego universo, cada nuevo sentimiento que resplandece en tu rostro. Memoria de todos los manantiales que salvaguardan el brillo de estrellas fugaces.

Me miras con tus enormes ojos abiertos pidiendo explicaciones; la boquita cerrada rumiando miles de preguntas; tus manos escrutando recovecos en un cristal invisible. Tu extrañeza es como la falsa rebeldía de un dios que nace todos los días sordo, mudo y ciego.

---

Tus ojos parpadean, gritan reproches a tu pequeño cielo. Tu cuna se desborda de sueños.

Te acabas de dormir vencido ante mi poder de serenar tu alma. Mi paciencia es inmensa cuando el señor de los sueños no hace por escuchar tus deseos de dormir, de soñar. Mi recompensa es enorme; contemplar el paisaje infinito de tu corazón.

Son muchas las noches que te duermes con una de tus manos agarrada a uno de mis dedos; tu mano sagrada y poderosa como la de los dioses, que me rescata de las maldades de este mundo.

Te acomodo en tu mecedora junto a la bañera. Mientras me ducho lo más deprisa que puedo, solo mis aspavientos, canturreos y muecas postergan tu inevitable rebeldía. Una vez más, no se cumple mi deseo y te conviertes en un hereje del dios de la paciencia.

Es una utopía refrenar tu tesón de jugar con nuestras gafas de sol. Así que acabamos de comprar, en una tienda de chinos, unas de juguete, sin cristales, de pasta gruesa, de color azul. Me las pongo y al instante llega ese gesto rápido de tu mano arrebatándomelas.

Te despidas de unos viejos amigos: del pez payaso, del cangrejo de ojos saltones y de la estrella de mar, que giran y giran sin recuperar la atención de tus ojos porque caminas hacia un nuevo horizonte con el deseo de encontrar nuevos juguetes.

Estás vestido para la ocasión: un bodi blanco con el estampado minúsculo y repetido de un aeroplano rodeando dos pequeñas nubes, detrás su estela dibujando una filigrana; pero tu vuelo es más modesto. Cuando logras levantar la cabeza apoyando con



---

fuerza los brazos en la cama, tus ojos no descubren las nubes, sino la sonrisa de tu padre.

En el momento de dormir, tus manos se hechizan y se transforman en las alas de una mariposa. Su vuelo comienza con el lánguido cierre de tus ojos. Primero recorren los miles de kilómetros de distancia que median entre una oreja y la otra de tu inseparable osito de peluche. Luego se distraen revoloteando entre flores imaginarias y, con el sueño vencido, tras una elegante reverencia al público, se posan con señorío en tu pecho.

Te acabo de bañar. Estás envuelto en una toalla blanca con una raya azul como cenefa. Tu mirada es tan solemne como la de un senador romano. Con ese único brazo al aire, ensayas los gestos de un discurso, o tal vez te estás esforzando por recordar —mirada de estoico convencido— una de Las Meditaciones de Marco Aurelio.

Juegas una vez más, ya son cientos de ellas, con »la vaquita friolera«. Así la bauticé cuando te la regaló tu tía María Ángeles. Una vaquita de manchas marrones, al igual que la bufanda que rodea su cuello, cubre su cuerpo un pijama azul con un estampado de un pastel en su tripa. Sus ojos tristes deben de anhelar tu consuelo porque no dejas de abrazarla. Un cariño que, mordiendo sus patas, se desmadra por momentos. El alivio llega cuando decides pastorear su libertad por el metro cuadrado de tu toalla en esta plácida tarde de piscina.

Tu primera vez en el mar, en una de las dos playas de Getaria, la más recogida, llamada Malkorbe. Nos acercamos a la orilla y una ola cubre tus pies por vez primera. Me aceptas este hermosos nuevo desafío, así que, despacio, frenando tu impaciencia, dejo que el mar te cubra hasta la altura del pecho y, con ese mágico

---

horizonte al alcance de tus manos, comienzas a golpear las olas que se empeñan en rodearte.

Recostado en tu cama juegas con una pequeña linterna encendida. A los pies de tu cuna, un escenario donde bailan las sombras de tus dedos.

De un manantial muy profundo brota tu modesta risa. Se hace inmenso eco cuando te abrazo.

Mis manos recorren tu piel. Un masaje para extender la crema hidratante. Un ritual —los habrá a cientos— después de cada baño. Inquieto, tus huidas son simulacros porque te satisfacen mis atenciones, mi cuidadoso amor y cariño.

Tu loca sonrisa se ha liberado como caballo sin domar. Recorre los valles y las montañas, salta salvando empalizadas, cruza ríos de aguas profundas. Una tormenta de verano que, sin remilgos, ansiosa por permanecer, empapa la tierra olvidándose de falsas modestias.

Te paseo por una ciudad desierta. Es una tarde gris de mediados de agosto por el parque de Aranbizkarra silenciado por las ausencias. Extraño a los abuelos. También comienzo a echar de menos tus ojos. Duermes en tu cochecito y yo solo puedo esperar con ansia tu despertar, pero las hojas de los árboles insisten en susurrar, solo para ti, esa nana secreta que acuna estrellas en tu alma.

Última tarde de verano vislumbrando en el horizonte nubes otoñales. Toda una vida ha pasado desde esa primera tarde de piscina, a finales de una calurosa primavera. El fresno susurraba su poder gracias a sus hojas atrincheradas en las ramas. Tú las contemplabas, encadenado por tu propio cuerpo, anhelando

---

acariciarlas con tus pequeños dedos. Ahora gateas, y esas mismas hojas, de color ocre, son las que crepitan, como crepuscular fuego, al sentir el leve peso de tus manos.

Esta noche no has dejado de recorrer cada rincón de tu cuna. Mi pequeño explorador debió de soñar que recorría, gateando, el alma de un millón de nubes.

Como en tardes pasadas, nada más abrir los ojos, me reclamas alargando tus brazos hacia mí. Deseas —y lo consigues— escapar de tu silla de paseo. Sentado en mi brazo izquierdo, tu espalda apoyada en mi pecho, contemplas el acontecer de una nueva estación consolando a cada hoja que se desprende de las ramas con una sonrisa.

Sentado en la cuna a lo toro sentado, tu mirada seria otorga a tus ojos la complacencia de ordenar, más que desear, el desayuno. Sospecho —y puedo ser un interesado— también reclamas tu primera dosis de amor y eso... es lo primero en ser atendido, rodeándote con mis brazos y besando tu frente.

Te sorprendo de ronda por la cocina, con la mirada puesta en el lavavajillas, esperando una nueva ocasión de encontrar su puerta abierta. Los límites de tus exploraciones se ensanchan a la par que crece tu destreza gateando y la capacidad de ponerte de pie durante cada vez más tiempo. Una ley universal, la del deseo de conocer y explorar, ampara tus intentos de hacerte con un plato, un cuchillo o un vaso. Y mi triste deber es impedirlo.

Te cambio de pañal y descubro en una de tus rodillas tu primer moratón. Mi pequeño explorador, comienzas a conocer los riesgos de la aventura asumidos sin reparos ni quejas, así lo declara tu silencio con arrogante ingenuidad.

---

Tus deditos ensimismados acarician a osito, tu oso de peluche. Sus orejas señorean una suavidad con mil recovecos por descubrir. Las recorres con la yema de un dedo, dejando un rastro, un eco de falsos pasos, ¡qué envidia el silencio de tus ojos!

Un descafeinado para los abuelos, para ti un termo con frutas trituradas por la batidora. Merendamos en una cafetería, una pausa en el paseo de esta tarde. Con el hambre saciada, tu cuchara de plástico verde se convierte, durante un rato, en un nuevo juguete, hasta que acabas sentado en las piernas de tu abuelo y le regalas un tramposo abrazo, porque tu intención es robarle su cartera que asoma por el bolsillo de su camisa.

En el supermercado con los abuelos. Los acompañamos a comprar ese par de cosas que la abuela se ha dado cuenta que le hacen falta para la cena. El abuelo coge una de esas cestas con ruedas discurriendo que puede ser perfectamente la carroza de un héroe griego. Te coge de mis brazos, te acomoda en la cesta y se asegura de que aguantas de pie. Pero mal héroe serías sin un arma a la medida de tu valor. Tras aleccionarte para que te sujetes con una sola mano al borde de la cesta, en la otra te hace entrega de la temible lanza en que se ha convertido su bastón. Ya armado, ahora sí, podemos continuar nuestra expedición por los pasillos del supermercado seguros de poder hacer frente a una posible emboscada de los bárbaros troyanos.

Tras el primer mordisco a una fruta, un gesto de deleite en tu rostro. La extrañeza inicial, una reverencia a esas dos sonrisas que dibujaron tus encías vírgenes en la pulpa de un plátano.

Deseo que este abrazo tuyo sea el primero de muchos que logre consolar a tu abuela. Solo tú tienes el poder de ahuyentar de sus ojos el miedo a la enfermedad.